

Declaración que de orden del Virrey del Perú don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, hizo ante escribano Tomé Hernández, de lo sucedido en dos poblaciones fundadas en el Estrecho de Magallanes por Sarmiento de Gamboa (Perú, 1616)

Localización: ES.41091.AGI/16416.2.23.2//PATRONATO,33,N.4,R.6.

Transcripción:

Ángel Rosenblat (1950): *Viajes al Estrecho de Magallanes*. Buenos Aires: Emecé, pp. 372-388.

DECLARACIÓN QUE DE ORDEN DEL VIRREY

del Perú Don Francisco de Borja, Príncipe de Esquilache, hizo ante escribano Tomé Hernández, de lo sucedido en las dos poblaciones fundadas en el Estrecho de Magallanes por Pedro Sarmiento de Gamboa.

En la Ciudad de los Reyes, en veintiuno de marzo de mil seiscientos veinte, el excelentísimo señor Príncipe de Esquilache, Virrey de estos reinos, dijo: Que por cuanto Su Excelencia ha entendido, por relación que le hizo el general don Ordoño de Aguirre, que Tomé Hernández, residente en esta ciudad, vino el año ochenta y uno desde los reinos de España, en compañía de Diego Flores de Valdés y Pedro Sarmiento, al descubrimiento y población del Estrecho de Magallanes, donde vivió dos años y medio, hasta que se embarcó en la armada de Tomás Candi, inglés, que pasó a esta mar; y conviene al servicio de Su Majestad saber y entender qué anchura tiene, así en su principio como en los medios y fines de él; qué bahías, caletas y surgideros, y si su navegación será fácil o dificultosa, y en qué tiempos del año se podrá desembocar, y qué vientos corren, favorables o contrarios, y qué islas o tierra firme se comunican y confinan con el Estrecho, y de qué temples son y qué gente los habita, o si son desiertas o inhabitables, y todo lo demás a esto anexo y concerniente, para que más distintamente se sepa el caso con cierta ciencia y sabiduría. Para lo cual Su Excelencia mandó que el dicho Tomé Hernández lo declare en presencia de Su Excelencia y ante García de Tamayo, escribano mayor de minas y registros y hacienda real de esta caja, y lo firmó. El Príncipe Don Francisco de Borja, Ante mí, García de Tamayo.

En la Ciudad de los Reyes, en veintiuno de marzo de mil seiscientos veinte, en presencia de Su Excelencia fue recibido juramento por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz, en forma de derecho, de un hombre que dijo llamarse Tomé Hernández y ser natural de Badajoz, en los reinos de España, y prometió decir verdad. Y siendo

preguntado por el tenor del auto de atrás, dijo que estando este testigo en los reinos de España el año mil quinientos ochenta, se condujo gente, por mandado de Su Majestad, para la población del Estrecho de Magallanes, y ansimismo para la guerra del reino de Chile, y fue nombrado como general de la armada de toda la gente que había de bajar, así al Estrecho como para Chile, Diego Flores de Valdés, y se armaron veintitrés bajeles para este efecto, donde se embarcaron el capitán Pedro Sarmiento, que venía a la población, y don Alonso de Sotomayor, como gobernador de Chile. Y supo este testigo que la población que se le encargaba a Pedro Sarmiento fue por la noticia que tenía ya del Estrecho, porque había desembocado por él e ido de estos reinos a los de España. Y traía orden el general de que habiendo dejado la gente que iba para quedar en Chile, y la que ansimismo iba para la población del Estrecho, se volviese con la armada a España. Y en esta conformidad se hicieron a la vela, el año ochenta y uno, del puerto de San Lúcar, y este testigo vino embarcado como soldado en la capitana de la armada, que era una nao llamada la galeaza, nombrada San Cristóbal. Y viniendo navegando todos, les dio en el Golfo de las Yeguas una tormenta muy grande, por lo cual les fue preciso arribar a Cádiz, con pérdida de siete galeones que faltaron. Y allí se volvió a rehacer la armada, y volvió a proseguir su viaje en demanda del Estrecho. Y la primera tierra que se tomó fue a Cabo Verde, donde hicieron aguada y tomaron otras cosas necesarias para la armada. Y luego salieron de Cabo Verde y fueron navegando hasta que tomaron el Río Jeneiro, que es en el Brasil, y estuvieron cuatro meses esperando que mejorase el tiempo. Y al cabo de los cuatro meses surgieron en un puerto llamado San Vicente, que debe estar cincuenta leguas más adelante del Río Jeneiro, y estaba poblado de portugueses, los cuales informaron al general Diego Flores de Valdés que los ingleses les hacían daño cuando llegaban allí, y le pidieron les dejase algunos soldados y artillería, para impedir el daño al enemigo. Por lo cual les dejó gente de guarnición con alguna artillería, y se fabricó un fuerte, quedando como alcaide de este Hernando de Miranda, que había venido también en la armada. Y al cabo de poco más de mes y medio que estuvieron en el puerto de San Vicente, salieron de allí para ir vía recta al Estrecho, y fueron navegando hasta cuarenta y ocho grados, enmarados, que iban las naos más de doscientas leguas la mar adentro. Y en esta altura les sobrevino una tormenta muy rigurosa, que fue causa de que las naos se apartasen las unas de las otras, corriendo a árbol seco. Y de esta tormenta se abrió una nao, llamada la Arriola, que traía trescientas personas para la población del Estrecho, y se fue a pique sin que pudiese ser socorrida gente ninguna. Y esta tormenta les duró ocho días, y al aplacar se fueron a juntar la capitana y las demás naos que se habían apartado con la tormenta, menos la que se perdió a la altura del Río de la Plata, que estará en treinta y ocho grados,

poco más o menos. Y allí pidió licencia al general el gobernador Don Alonso de Sotomayor para irse a Chile con su gente, que estaba repartida en tres naos, diciendo que respecto de que no podían tomar el Estrecho, quería hacer su viaje por el Río de la Plata. Y fue por él, y en Buenos Aires desembarcó su gente y llegó por tierra a Chile. Y el general Diego Flores con su armada fue arribando a la isla de Santa Catalina, y antes de llegar a ella se le perdió una fragata, que varó en tierra una madrugada, por lo cual se disparó una pieza de artillería, que fue causa para no perderse allí toda la armada. Y los soldados que iban embarcados en la fragata que se perdió sacaron en tierra toda la ropa, pólvora, artillería y demás municiones, porque se salvó todo excepto la fragata. Y quedando los soldados en tierra de la fragata perdida, la armada tomó el puerto de Santa Catalina, que estará de distancia, desde el puerto de Santa Catalina hasta donde quedó esta fragata, tres días de camino por tierra, y es toda ella tierra de guerra y la habitan indios. Y estando el general con su armada en el puerto de Santa Catalina, con cuidado de saber qué se habría hecho la gente que quedó donde se perdió la fragata, llegó el capitán Gonzalo Meléndez por tierra, que era uno de los de la fragata, y dos mujeres con él, y dio aviso de que los soldados se habían amotinado y no le habían querido obedecer, siendo su capitán, y que por buenas razones les había reducido en orden a que le dejasen salir de allí. Y al cabo de algunos quince días vinieron al puerto donde estaba el general todos los soldados de la fragata perdida, y fueron presos las cabezas del motín, y declararon que se habían venido retirando de los indios, porque a los principios habían sido regalados y bien recibidos por ellos; y que después, siendo engañados los españoles por un mestizo que habían llevado desde el Río Jeneiro en la fragata, sobre que los indios les querían matar, habían dado traza de que, cuando viniesen a traerles de comer, les matasen, como lo hicieron. Y los demás indios lo habían sabido y corrido tras los soldados, pegando fuego a toda la tierra, que no pudieron caminar por ella, sino por la orilla del mar. Y después de castigados los del motín, salieron en demanda del Estrecho, y al salir del puerto se perdió una nao, llamada la Proveedora, que sería de quinientas toneladas, porque dio en una laja, y se salvó toda la gente, perdiéndose la artillería y lo demás que traían. Y las demás naos restantes salieron para el Estrecho, y, al cabo de algunos días de navegación, embocaron con buen tiempo y dieron fondo en la primera angostura, que se dice la Punta de San Jerónimo, y habrá una legua de tierra a tierra, que es donde se habían de hacer los fuertes. Y aquella noche tuvieron tan gran tormenta, que fue fuerza picar los cables y salir las naos fuera, y fueron de arribada al Río Jeneiro, donde hallaron cuatro galeones de socorro que Su Majestad había enviado con bastimentos para esta armada, y por general de los galeones Diego Darce. Y allí se juntaron todos de acuerdo, y dividieron las naos. Y se resolvió que el

general Diego Flores de Valdés saliese para la Bahía de Todos Santos con su armada, y despachó a Diego de la Ribera como general para el Estrecho, con dos navíos y tres fragatas, en que fuese la gente para la población del Estrecho. De manera que Diego Flores quedó para volverse a España, y en esta conformidad salieron del Río Jeneiro las dos naos y tres fragatas, y navegaron hasta cuarenta grados, yendo por la propia costa del Estrecho por enero, llevando muy buen viaje y tiempo. Y entraron dentro del Estrecho cosa de media legua, y allí echó la gente en tierra Diego de la Ribera, porque no quiso pasar adelante. Y dieron con una nao de las dos al través, y sacaron la artillería de ella y la comida mojada. Y dejando en este paraje doscientos ochenta hombres a cargo del capitán Pedro Sarmiento, se fue Diego de la Ribera sin dejarles bastimento ninguno, más que sólo un bajel pequeño. Y en esa misma parte se hizo una población cerca de la mar con unos buhíos. Y desde allí Pedro Sarmiento despachó el bajel por el Estrecho adentro con algunas municiones y gente de mar, con orden de que le aguardasen en la Punta de Santa Ana hasta que él fuese por tierra. Y estando en esta primera población, vinieron de paz doscientos cincuenta indios varones y hembras agigantados, a hablar con los españoles, los cuales les regalaron, con que se fueron. Y de allí a tres noches vinieron a dar sobre los nuestros, y pelearon un rato con ellos, de lo que salieron algunos soldados heridos. Después de lo cual el capitán Sarmiento dio orden al capitán Lñíguez de que fuese con cincuenta hombres la tierra adentro a descubrirla, y toparon cantidad de doscientos indios, los cuales llegaron a hablar con los españoles en su lengua, de manera que no les entendían, y les tentaban los pechos, para ver si los traían armados. Y el capitán de ellos cogió por la mano al capitán Lñíguez, y se lo llevaba consigo con otros indios, como que iban de paz. Y creían los españoles que era así, hasta que el capitán Lñíguez dio voces, diciendo que lo llevaban aquellos indios. Y los soldados fueron tras de ellos, y con los arcabuces derribaron muchos indios y cobraron su capitán. Y cuando les tiraban, se sacudían con las manos las postas que les alcanzaban en los cuerpos, pareciéndoles que era cosa que con sacudirla se les caería. Y las mujeres de ellos les daban voces y hacían señas a los españoles de que se fuesen. Y ansí lo hicieron, recogíendose al real. Y dejando Pedro Sarmiento trescientos hombres en la primera población, donde sucedió lo que he dicho, salió por tierra con ochenta soldados en demanda del navío. Yendo caminando cosa de diez leguas, estaba un navío dado en la costa, y hallaron que las anclas estaban enterradas en tierra, descubiertas solamente las uñas de ellas; y media legua de la mar, la tierra adentro de donde estaba este navío perdido, estaba un árbol de navío hincado en el suelo, y gran montón de piedras alrededor de él, y no repararon en lo que podría ser. Y yendo caminando por tierra hasta la primera angostura del Estrecho, salieron once indios agigantados como los otros, y Pedro

Sarmiento los aguardó y se juntó con ellos, y los acarició y regaló, y les preguntó si habían visto pasar un navío hacía pocos días. Y por señas dijeron que sí, y que hacía ocho días que lo habían visto. Y al cabo de media hora que estuvieron con estos indios, se llegó a uno de ellos un fraile francisco que Pedro Sarmiento traía consigo, y le dio a entender cómo era el capitán de los españoles que allí venían. Y el indio, oyendo estas razones, respondió que él era el capitán, dándose un golpe en los pechos, y mostrando enojo de que el fraile le hubiese dicho que Pedro Sarmiento era capitán. Y apartándose un poco, se metió por la boca una flecha, y lastimándose con ella echó alguna sangre por la boca [y] se untó con ella los pechos airadamente. Y el fraile le advirtió a Pedro Sarmiento que se fuesen de allí, porque esos indios eran hechiceros y les engañaba el diablo, y era mejor dejarlos. Y así lo hicieron, y pasaron adelante, caminando en demanda del navío. Y de ahí a una vieron que los indios, que habían quedado atrás, les venían siguiendo y acercándoseles. Y no dándoles cuidado alguno a los españoles, fueron caminando; y los indios, viendo que se habían quedado atrás, de retaguardia, doce o catorce soldados, les comenzaron a flechar, y los soldados procuraron defenderse con las armas que llevaban, aunque no pudieron usar los arcabuces, porque llevaban apagadas las cuerdas a causa de que no se gastasen. Y de la refriega que tuvieron mataron los indios a un cabo de escuadra, llamado Loperráez, e hirieron a otros ocho soldados con las flechas, de lo que vinieron después a morir, y tuvieron por cierto que debían de tener alguna untura de hierbas venenosas, porque no escapó ninguno de los heridos. Y los españoles mataron al capitán de los indios, y los demás fueron mal heridos, huyendo a tiempo que el capitán Pedro Sarmiento revolió sobre ellos con su gente de la vanguardia. Y habiendo curado los heridos y enterrado al cabo de escuadra, hicieron noche allí con quietud, y por la mañana fueron caminando, y otros días siguientes de la misma suerte, hasta que al cabo de quince días que tardaron desde que salieron de la primera población, hallaron que el navío que habían enviado estaba surto en un puerto pequeño y hondable, sin población. Y aquel día, que era de San Marcos, cuando descubrieron el navío surto en aquel puerto, les comenzó a nevar, y se buscó por allí cerca un sitio que pareció acomodado junto a la mar, e hicieron una población de casas, poniéndole por nombre la Ciudad de San Felipe. Y se cercó y fortaleció con maderos fortísimos, dejando una puerta que salía a la mar, y se pusieron en ella dos piezas de artillería. Y ansimismo dejaron otras dos puertas, que estaban a la parte de la montaña, cada una con otras dos piezas de artillería. Y hecha la población, teniendo puestas postas en las partes convenientes, de ahí a algunos veinte o treinta días, viéndose la gente apurada del trabajo y hambres y necesidad de vestidos, andaban disgustados. Y una noche, recorriendo las postas este testigo como cabo de escuadra, halló que un clérigo,

llamado Alonso Sánchez, estaba a deshoras de la noche hablando con Juan de Arroyo, soldado que estaba de posta. Y extrañando a este declarante que estuviese a tal hora ocupado en esto y admitídole Juan de Arroyo sin que le diese el nombre, se enojó con él, y le reprehendió. Y el clérigo le respondió que para él no había menester nombre, por lo cual mudó la posta sin tratar de otra cosa. Y el clérigo, pareciéndole que este declarante había quedado de aquello enojado, le fue a buscar; y preguntándole este declarante que qué era lo que quería, le dijo que si le guardaba secreto le daría noticia de un negocio grave y provechoso a todos los soldados. Y este declarante se lo prometió, y el clérigo le dio noticia de que estaba tratado entre todos los soldados amotinarse y matar al capitán Pedro Sarmiento y alzarse con el navío y volverse en él al Brasil, porque ya no podían sufrir aquella vida. Y este declarante dio aviso de ello a Pedro Sarmiento, luego que desembarcó del navío, porque todas las noches dormía en él; y si no hubiera tenido este cuidado y durmiera en tierra, tiene por cierto que le hubieran muerto hacía días. Y entendido esto, se volvió al navío con disimulación, y envió a llamar a un soldado Juan Rodríguez, manchego, que era la cabeza del motín. Y teniéndole en el navío, envió por otros tres soldados, camaradas suyos, que no se acuerda cómo se llamaban, y les puso en prisión. Y ansimismo envió a llamar al clérigo, y les tomó sus confesiones, y declararon cómo era verdad el motín. Por lo cual les sacó en tierra con rétulos en las espaldas de traidores, y en la plaza les hizo cortar las cabezas por detrás, y se pusieron en unos palos, y el clérigo se quedó preso en el navío. Y habiendo estado Pedro Sarmiento dos meses en esta segunda población, llamada San Felipe, dejando toda la gente quieta y pacífica y a cargo de Juan Suárez, su sobrino, que quedó como capitán, se embarcó en el navío con los marineros y diez o doce soldados, y se hizo a la vela, llevando consigo al clérigo preso, y dijo cómo iba por la demás gente que había quedado en la primera población, para juntarla con esta otra y pasar después a Chile con el navío por bastimentos. Y nunca más volvió. Y de ahí a dos meses, después de que Pedro Sarmiento salió de la segunda población con el navío, para el efecto que tiene referido, llegó la gente que había quedado en la primera población a mediados de agosto, que era invierno, caminando por tierra, y se juntaron todos en la segunda población, y dieron aviso de que Pedro Sarmiento había llegado con el navío al surgidero de la primera población, que es una bahía descubierta, sin abrigo ninguno, y a causa de haberle dado un temporal muy grande estando surto, había picado el cable y se había hecho a la vela. Y no tuvieron otra nueva ninguna en todo el tiempo que estuvieron en el Estrecho. Y visto por Andrés de Viedma, natural de Jaén, que había quedado como capitán de la gente de la segunda población y como cabo de todos los soldados de ambas poblaciones, en lugar de Pedro Sarmiento, que no había comida suficiente para el sustento de tanta gente,

acordó enviar doscientos soldados, y como cabo de ellos a Juan Iñíguez, a la primera población, con orden de que fuesen mariscando y se sustentasen como pudiesen y vieses si embocaba algún navío para que los socorriesen y dieses aviso de la gente que quedaba en la segunda población. Y la demás gente se quedó en esta con Andrés de Viedma todo el invierno, y después todo un verano, aguardando a ver si venía Pedro Sarmiento. Y viendo que había pasado tanto tiempo y no venía, e iba entrando otro invierno, y que toda la gente se iba muriendo de hambre, acordaron hacer dos barcas; y hechas, se embarcaron en ellas cincuenta hombres, que habían quedado vivos de la segunda población, con el capitán Viedma y el capitán Juan Suárez y el fraile francisco, que se llamaba Fray Antonio, que no se acuerda del sobrenombre, y cinco mujeres españolas. Y habiendo navegado seis leguas por el Estrecho, dieron en la Punta de Santa Brígida en unos arrecifes, y se perdió allí una barca. Y el haberse perdido fue por ir sin marineros y no por temporal que tuviesen, y se salvó la gente, con que se desembarcó en tierra toda la que había ido en ambas barcas. Y considerado por el capitán que no tenían comodidad para ir por la mar, por no caber la gente en la otra barca y por los inconvenientes que se iban ofreciendo, y en particular que el invierno iba entrando con gran fuerza y no tenían bastimentos, repartió la gente para que mariscasen en la costa. Y los capitanes Viedma y Suárez se volvieron en la barca con el fraile y veinte soldados a la segunda población, que había dejado ya desamparada. Y este declarante, y otros treinta hombres con él y cinco mujeres, se quedaron en el paraje donde los dejó Viedma, y anduvieron por allí todo el invierno mariscando, y de noche se recogían en los buhíos que hacían, estando divididos de cuatro en cuatro, o tres personas, en diferentes partes de la costa para poderse sustentar. Y yendo ya reconociendo el verano, les envió a llamar de la población el capitán Viedma, y de gente que había dejado con este declarante y la que había llevado consigo se juntaron por todos quince hombres y tres mujeres, porque todos los demás se habían muerto de hambre y enfermedades que les sobrevinieron por la aspereza de la tierra y esterilidad de ella, y acordaron salir de aquel lugar e ir a la primera población. Y fueron caminando con este intento por tierra hasta pasar la primera angostura del Estrecho, que es la Punta de San Jerónimo; y por el camino donde iban pasando hallaban muchos cuerpos muertos, que eran de los españoles que el capitán Viedma despachó de la segunda población. Y pasada la Punta de San Jerónimo, como cuatro leguas adelante, descubrieron tres navíos que venían embocando por el Estrecho en altura de cincuenta y dos grados y medio. Y echaron de ver que venían con desgarrón de tiempo, porque el patache que traían lo echó el temporal de la boca del Estrecho mar afuera, por lo cual dieron fondo los dos navíos que quedaron en la bahía, arrimándose a la banda del sur, por ser fondable. Y aquella

noche hicieron candeladas las personas que estaban en tierra para que de los navíos lo viesan, entendiendo que eran navíos de España, y ellos hacían faroles en señal de haber visto las candeladas. Y por la mañana se hicieron a la vela, porque el patache amaneció con ellos, y vio que en un batel se embarcaron algunos hombres y fueron costeando cerca. Y este declarante, viendo que pasaban adelante y no llegaban adonde estaban el capitán Viedma y la gente que con él había quedado, le dijo que le diese licencia para ir siguiendo aquel batel para ver qué gente era y decirles cómo estaban allí. Y el capitán lo tuvo por bien, y salieron a este efecto este declarante y otros dos soldados con él, nombrados Juan Martín Chiquillo, extremeño, y el otro Juan Fernández, de Pontevedra. Y habiendo caminado media legua, se pusieron frente de donde venía el batel y les hicieron señas de tierra con una bandera blanca. Y habiéndola visto por la gente del batel, se llegaron a la playa, y les preguntó este declarante que qué gente eran. Y respondieron, hablando en español, que eran de Inglaterra y que pasaban al Pirú. Y sin preguntarles otra cosa a los de tierra les dijeron que si querían embarcarse les pasarían al Pirú. Y ellos respondieron que no querían, porque temían que los echarían a la mar. Y uno de los del batel, que pareció que venía como lengua, les dijo que bien podían embarcarse, porque eran mejores cristianos que nosotros. Y diciendo esto pasaron adelante, sin aguardar más razones. Y este declarante y sus compañeros trataron entre sí que era mejor embarcarse que perecer como lo habían hecho todos. Y habiéndose conformado en esto, volvieron luego a llamar al batel, que iba cerca, el cual volvió a tierra, y este declarante se embarcó en él con su arcabuz. Y estando ya embarcado, se hicieron a lo largo, sin querer embarcar a los otros dos soldados. Y entonces supo cómo el general Tomás Candi estaba en el batel, al cual le pidió que se sirviese embarcar a los dichos soldados. Y a esta ocasión le preguntó que si había más españoles en tierra. Y este declarante le dijo que quedaban otros doce hombres y tres mujeres. Y el general le dijo a este declarante que dijese a aquellos dos soldados que fuesen adonde estaba la demás gente, y de su parte les dijese que viniesen todos a embarcarse, y que les aguardaría. Con lo cual fueron los soldados adonde habían quedado los demás, y el general se fue a sus naos y se embarcó en la capitana. Y en el discurso de este tiempo estaban surtos los navíos. Y así como se embarcó Tomás Candi, viendo que les hacía buen tiempo para navegar, se hicieron a la vela sin querer aguardar a la demás gente que había enviado a llamar, y fueron a dar fondo en la Isla de los Patos, donde saltaron en tierra e hicieron, en dos horas que estuvieron, seis pipas de carne de pájaros niños, que hay muchos en aquella isla y está minada toda, donde se recogen, y son muy grandes y gordos. Y de allí se hicieron a la vela, y fueron navegando hasta la Ciudad de San Felipe, que era la segunda población que había hecho Pedro Sarmiento, y en ella estuvieron cuatro días

haciendo aguada y leña, deshaciendo las casas para ella. Y mientras estuvieron en tierra, dieron con seis piezas de artillería que estaban en la población, cuatro de bronce y dos de fierro colado, que era la que desembarcaron del navío en que se fue Pedro Sarmiento. Y hechos a la vela, se entraron el Estrecho adentro. Y al cabo de ocho días de navegación salidos de la segunda población, desembocaron el Estrecho, saliendo a la parte de la Mar del Sur. Y en ella, después de desembocados, viniendo navegando, tuvieron grandes tormentas, de tal manera que el patache se apartó de las dos naos, que no lo vieron hasta que llegaron a la Isla de Santa María, que hasta allí no habían reconocido tierra ninguna y tuvieron por perdido el patache. Y en esta isla saltaron en tierra, y se bastecieron de mucha comida que hallaron en las casas de los indios, a quien la tomaron. Y después de cuatro o cinco días que hacía que había estado en la isla, pareció el patache, y vino a surgir donde estaban los dos navíos. Y todos se hicieron a la vela en demanda del puerto de Valparaíso, y por estar la tierra tan cerrada no se pudo reconocer el puerto. Y cuando aclaró el día se hallaron sobre el puerto de Quintero, donde saltaron en tierra para hacer aguada y leña y meter carne, para lo cual recogieron mucho ganado vacuno que había, y no pudieron matar res ninguna, porque era ganado cimarrón, en lo cual se ocuparon un día hasta las cuatro de la tarde. Y aquella hora parecieron tres españoles a caballo, con sus lanzas y adargas armados, que venían a reconocer. Y visto esto por el general, llamó a este declarante y le dijo que fuese a ver quiénes eran y lo que querían. Y este declarante lo hizo así, llevando dos ingleses de guardia consigo, y se acercó a ellos, preguntándoles qué gente eran. Y respondieron que eran españoles. Los cuales le preguntaron lo mismo, y este declarante les dijo que también eran españoles, y que venían del Estrecho de Magallanes faltos de comida, con lo cual le ofrecieron que les darían todo el bastimento que fuese menester. Y estando razonando con ellos descuidadamente, vio este declarante que por un lado venían ocultos veinticinco hombres de los enemigos, que pareció que el general les enviaba a coger a alguno de los tres hombres a caballo. Y viéndolos venir, les dio aviso de ello disimuladamente, de suerte que los dos ingleses no lo pudieron entender, porque estaban algo desviados, y les dijo que fuesen huyendo con sus caballos, porque aquéllos con quienes venía eran ingleses, y procuraría este declarante volver a verlos, por ser español. Y con esto se fueron los de a caballo, y este declarante se volvió adonde estaba el general Tomás Candi, al cual le dijo cómo les había dicho que eran españoles, y tuvo traza de que el general le volviese a despachar donde estaban los españoles, diciéndole que haría que diesen bastimentos. Y habiendo ido con esta orden en busca de los españoles, que lo aguardaron, y entonces uno de ellos le subió a las ancas de su caballo, y se fueron aquella noche a una estancia. Y comoquiera que ya tenía aviso el corregidor de

Santiago de la entrada de enemigos, vino con su gente a amanecer a la estancia, donde halló a este declarante. Y otro día siguiente hicieron una emboscada, y habiendo saltado en tierra la gente de los navíos a hacer aguada y lavar su ropa en una laguna del puerto de Quintero, dieron sobre ellos los españoles y mataron a doce ingleses y prendieron a otros nueve. Y visto por los españoles que el patache se había acercado a tierra y disparaba la artillería, se retiraron, sin que ninguno de los nuestros saliese herido ni lastimado, y se fueron a Santiago, donde quedó este declarante, y después vino al Pirú, dejando ahorcados seis hombres de los nueve ingleses que prendieron. Y este fin tuvo el viaje que hizo al Estrecho y población de Magallanes.

Le fue preguntado en qué altura está la boca del Estrecho y desembocadero de este. Dijo que la boca está en cincuenta y dos grados y medio, y no sabe la altura que tiene el desembocadero, por no ser marinero, mas que por la noticia que entonces tuvo supo la altura que tiene la boca del Estrecho.

Preguntado si cuando vino embarcado en el navío inglés desde la primera población hasta desembocar el Estrecho tuvieron alguna tormenta o buen tiempo, dijo que vinieron con muy buen tiempo.

Preguntado si navegaban de noche, dijo que no, y que antes surgían todas las noches, y por la mañana se hacían a la vela.

Preguntado qué orden tenían en la navegación del Estrecho, dijo que iban sondando y el batel fuera.

Preguntado por qué tiempo pasaron por el Estrecho hasta desembocar, dijo que fue por el mes de febrero, que es verano.

Preguntado si hay algunos puertos abrigados dentro del Estrecho, dijo que en cualquier parte de él se puede surgir, por estar todo abrigado, con tierra alta de una banda y otra, desde la segunda población para adelante.

Preguntado qué tan angosto sería el Estrecho por lo más angosto, y en lo más ancho qué tan ancho, dijo que la boca del Estrecho, en la entrada, tiene siete leguas de ancho, y en la segunda población, que será cincuenta leguas más abajo de la boca, hay una bahía que tiene dos leguas de ancho; y pasadas seis leguas adelante, comienza a angostar el Estrecho, hasta desembocar a la Mar del Sur, porque antes de llegar a la bahía, desde la boca, hay diferentes anchuras, de una a dos leguas. Y lo más angosto del Estrecho tendrá como cosa de un tiro de arcabuz. Y todo el Estrecho, arrimado a la banda del sur, es fondable, y por la banda del norte no se puede navegar, porque son bajíos. Y en la primera angostura, que es en la Punta de San Jerónimo, hay unos bancos de arena, y está de distancia como catorce leguas de la boca.

Preguntado qué vientos corren de invierno, dijo que corren todos los vientos, y el inconveniente que tiene navegar por el Estrecho de invierno es tan solamente por el demasiado frío que hace, con gran rigor y nieve continua, de manera que no cesa de nevar todos los días, y no ven sol, porque está todo cerrado. Y corriendo vientos contrarios, se puede dar fondo en cualquier parte del Estrecho. Esto se entiende desde la segunda población de San Felipe para adelante, hacia la Mar del Sur, por estar abrigado con cordilleras muy altas; pero desde la boca hasta la dicha población, si no entran de golpe con viento favorable, les es fuerza desembocar otra vez respecto de no haber abrigo ni reparo donde poder dar fondo con seguridad, por ser tierra baja.

Preguntado si hay en la boca del Estrecho algunos bajíos de que guardarse, dijo que en la misma boca, por la banda del norte, hace una punta que llaman de la Madre de Dios, y hay unos arrecifes que salen la mar adentro poco trecho, de que es fuerza dar resguardo a las naos.

Preguntado si hay otra boca en la entrada del Estrecho, dijo que no la vio, y que estando poblado en medio del Estrecho en la segunda población, iban con bateles de una parte a otra, y reconocieron una boca de la banda del sur, como archipiélago de islas. Y navegando con Tomás Candi, haciéndole el general relación de que había otra boca por la entrada, le preguntó este declarante que cómo no había entrado por ella. Y respondió que por estar en más altura y haber muchas islas no había querido aventurarse a entrar por la otra boca. Y según lo que este declarante vio en el discurso de la navegación, entiende que entrando por la boca que dijo el inglés, se desemboca por la que sale a la mitad del Estrecho, por no haber visto otra ni señal de ella.

Preguntado qué distancia tiene el Estrecho de punta a punta, desde la entrada hasta desembocar en la Mar del Sur, dijo que tiene cien leguas, así por lo que él vio navegando como por haber andado la mitad por tierra.

Preguntado en cuánto tiempo le parece se podría navegar, dijo que con una buena colla de viento le parece que tardarían de ocho a diez días desde la segunda población, que entra la angostura del Estrecho.

Preguntado si es tormentoso el Estrecho en alguna parte además de la entrada, dijo que junto al Río de San Gregorio, que es entre la segunda población y el Mar del Sur, donde quemó unas piraguas de indios Tomás Candi, hay escarceo respecto de encontrarse los dos mares, pero que no llega a ser tormentoso, por el abrigo de la tierra de ambos lados.

Preguntado qué distancia [está] desabrigado, dijo que le parece que hasta treinta leguas, entrando por la boca del Estrecho, y que las veinte siguientes entran en más abrigo, por irse levantando más la tierra. Y que lo restante, que serán otras cincuenta,

es tan manso y navegable como un río, y esto nace del abrigo de las cordilleras y angostura.

Preguntado de qué andaban vestidos los indios agigantados que dice que vio, y qué armas traían, dijo que andaban vestidos de pellejos de animales, y que traían por armas unas flechas con sus arcos.

Preguntado qué color tenían, y si andaban con el cabello corto o largo y si tenían barbas, dijo que algunos eran blancos, de buen color, y otros muy morenos, y no tenían barbas, y el cabello lo traían largo, recogido en la cabeza, como mujeres.

Preguntado qué estatura tenían, dijo que eran muy corpulentos y disformes.

Preguntado si en el discurso del tiempo que estuvo en la tierra del dicho Estrecho vio más indios de los que ha referido, y mujeres, y si todos tienen la misma estatura que los demás, y si vio mucha gente junta, y qué tanta sería, dijo que la más gente que vio junta serían doscientos cincuenta indios, que fueron los que primero vinieron de paz, y que eran de la estatura y traje que tiene declarado, y que estos andan en el paraje de la primera población, que es tierra llana. Y de la segunda población, navegando a la Mar del Sur, son indios de la estatura ordinaria, aunque con los mismos vestidos y el cabello corto, y traen dardos por armas.

Preguntado qué poblaciones tienen estos indios, los unos y los otros, dijo que no les vio poblaciones ningunas.

Preguntado si los españoles, en el tiempo que por allí estuvieron, tuvieron comunicación con ellos, y si entraron la tierra adentro, dijo que no entraron la tierra adentro más de hasta tres leguas, y no tuvieron otra comunicación más de la que ha dicho.

Preguntado qué leguas le parece que habrá de tierra llana desde la primera población adelante, dijo que desde allí hasta la montaña hay treinta leguas de tierra llana.

Preguntado si hay algunos pastos y ríos en tierra llana, dijo que hay dos riachuelos pequeños hasta llegar a la montaña, y que hay muchos pastos.

Preguntado si en la montaña hay ríos, dijo que hay muchos pequeños, que bajan de la cordillera.

Preguntado si hay ganado vacuno u otro de Castilla o de la tierra o algunas aves, dijo que en la tierra llana vio vicuñas, que llaman carneros de la tierra, y que hay aves de volatería y venados en la montaña, y no hay ganado ninguno ni aves.

Preguntado si los indios andaban a caballo y si los hay en aquella tierra, dijo que siempre que los vio andaban a pie, y que no vio caballos ningunos.

Preguntado si supo de qué se sustentan aquellos indios, y si tienen algunos sembrados, y de qué modo viven, dijo que luego que saltaron en tierra vio que algunos

indios traían pedazos de ballenas y marisco, de que comían, y que una mujer española de las que trajo consigo Pedro Sarmiento vino a parar en poder de los indios, de dos que cogieron caminando por tierra, y a la otra la mataron, y que esta mujer quedó viva entre ellos. La tuvieron tres meses, y al cabo de ellos le dieron libertad. Y decía que no tenían población, y se sustentaban de unas raíces y marisco y lobos y ballenas, y que no tenían sembrados.

Preguntado si vio algunas frutas silvestres u otras, dijo que sólo vio una fruta a manera de azofeifas, que comían, y no vio otra ninguna.

Preguntado si en la tierra llana o montuosa vio algunos animales, dijo vio leones pequeños y no otros.

Preguntado si en la montaña vio algunas víboras u otras sabandijas ponzoñosas, dijo que no las vio, porque no se crían, respecto de ser la tierra tan fría.

Preguntado qué marisco era del que este declarante y los demás españoles se sustentaban, dijo que había mejillones y lapas y algunos erizos de la mar, con que se sustentaban.

Preguntado con qué cubrieron las casas de las poblaciones que hicieron, dijo que con paja, que llaman por otro nombre *icho*.

Preguntado qué lengua hablaban los indios, y cómo les entendían los españoles, dijo que sólo les oían decir: “Jesús, Santa María”, mirando al cielo, y daban a entender que la tierra adentro había otros hombres, diciendo así: “Otros hombres con barbas, con botas, otros muchachos”. Y enseñándoles los españoles de los muchachos que llevaban consigo, dijeron que eran como aquéllos, y señalaban con la mano el tamaño de ellos hacia la tierra adentro. Por donde entendieron que había gente poblada en la parte donde señalaban, que es a la del norte.

Preguntado si hacia la parte del sur, viniendo por el Estrecho, hay alguna gente, y si se comunica con la de enfrente, dijo que de la Tierra de los Fuegos, que está a la parte del sur, pasaban algunos indios en piraguas, que son como canoas, y se comunicaban de una banda a otra, y así entienden que usan de una misma lengua, y estos son indios de la tierra llana, que son gigantes, y se comunican con la gente de la Tierra de los Fuegos, que son como ellos, y los de la serranía no se comunican con los de la tierra llana. Y cuando venía navegando Tomás Candi, y este testigo embarcado en su navío, llegando al Río de San Gregorio fueron por la tarde los bateles en tierra a hacer agua, y hallaron muchos indios en el río, que agasajaron a los ingleses y dieron alguna caza de la que traían muerta, y les convidaron a que volviesen otro día, con lo cual el general quedó muy contento y resuelto a hacerlo así. Y este declarante le dijo que advirtiese que estos indios pretendían engañarles con alguna emboscada de gente, porque eran traidores, y así lo habían hecho con los españoles, sus

compañeros. Y con este cuidado el día siguiente saltaron los ingleses en diferente parte que los indios aguardaban, y, como vieron que no se les había logrado su intento, salieron hacia la playa a la boca del río, amenazando a los ingleses que habían de cegar la boca de aquel río, y que no habían de dejar salir las chalupas, y los habían de matar allí a todos. Y entonces se acercaron, y este declarante le dijo al general, que, pues estaban allí todos los indios juntos, les arcabuceasen y descompusiesen, y lo hicieron así y mataron a muchos indios e hirieron a otros, con que desmampararon el puesto y fueron huyendo el monte adentro. Y entonces tomaron las chalupas y pasaron de la otra banda del río, y hallaron una gran pavesada y muchas armas detrás de ella, de dardos, flechas y puntas enhastadas, de espadas y dagas que habían hallado de los españoles que se habían muerto por los caminos, de la gente que llevó consigo Pedro Sarmiento a las poblaciones. Y luego volvieron los ingleses a tomar sus chalupas, y subiendo el río arriba hallaron en él más de veinte piraguas sin indios, y las trajeron a jorro a vista de la armada, y les pegaron fuego.

Preguntado qué temple hace en aquella tierra donde asistió, dijo que desde octubre entra el verano, y dura seis meses, y por abril entra el invierno.

Preguntado si en el verano hace muchos calores, dijo que sí, y que el invierno, que comienza desde abril, es riguroso, y hay tanta nieve que el navío que estuviere surto por allí es fuerza echar la nieve de la cubierta con palas a la mar.

Preguntado cuántas piezas de artillería se sacaron en tierra de la nao que varó en la primera población, y dónde quedó, dijo que no se acuerda bien las piezas que eran, pero le parece que pasaban de treinta, todas de bronce y las más de batir, y que se enterraron allí donde dio la nao al través, que es como un tiro de piedra de la mar, y enfrente de la población una cuadra, y le parece que estará cubierta de arena, por ser la costa tan brava, además de que la dejaron enterrada con la propia tierra, y, como ha dicho, está a media legua de la boca del Estrecho, así como se entra a la banda del norte.

Preguntado si los indios que vio traían algunas cosas de plata, oro, perlas, pendientes de las narices y orejas, como suelen otros, dijo que no traían cosa ninguna, ni vio en el tiempo que allí estuvo cosa de plata ni oro, más de que cuando buscaban este declarante y sus compañeros marisco en la costa para sustentarse, hallaban en muchas partes de ella mejillones con perlas dentro, y como no era lo que habían menester para sustentarse, los dejaban, y buscaban otros que tenían comida. Y que tenían ya mucho conocimiento de los mejillones de perlas, por ser en cantidad; y a los principios, cuando no pensaron perderse y tenían esperanza de salir de allí y aguardaban al capitán Pedro Sarmiento, iban juntando hombres y mujeres cantidad de

perlas. Y después, como se vieron tan acabados y perdidos, las echaron por ahí, y no hacían caso de ellas.

Preguntado qué suerte de perlas había en los mejillones, dijo que eran muy blancas y eran de todas suertes.

Preguntado qué madera hay en la montaña, y si es gruesa para poder fabricar naos, dijo que hay álamos blancos y algunos cipreses y otras maderas gruesas, que no conoce por sus nombres, y que se pueden fabricar navíos con ellas. Y que todo lo que tiene dicho y declarado es la verdad, para el juramento que tiene hecho. Y lo firmó, y que es de edad de sesenta y dos años. Y Su Excelencia lo rubricó. TOMÉ HERNÁNDEZ. Ante mí, GARCÍA DE TAMAYO.